

las coronas, no quería tampoco indisponerse con el Sumo Pontífice (1). Le contestó no obstante con mucha energía; pero evitando con suma delicadeza esta discusión, puso en boca del pueblo lo que hubiera podido ofender á Adriano. „Una multitud de personas, tanto eclesiásticas como legas, le dice, publican que ningún predecesor vuestro dió jamás semejantes órdenes; y es constante que ni aun en la causa de Lotario, á quien se hicieron unos cargos tan graves, procedió de este modo el Papa Nicolao de gloriosa memoria. Cuando recordamos á los grandes la potestad de atar y desatar que se concedió á San Pedro y á sus colegas, nos contestan que los reinos se adquieren con las batallas y con las victorias, y no con las excomuniones del Papa ó de los obispos. Ya que quereis disponer así del estado, añaden, defendednos de las invasiones de los normandos, y no nos pidais que os defendamos á vos mismo. Supuesto que el Papa no puede ser obispo y Rey, y que sus predecesores se contentaron con el gobierno de la Iglesia, sin aspirar al del estado que pertenece á los Príncipes, no nos mande que reconozcamos por Rey al que hallándose distante de nosotros no puede darnos ningún auxilio contra los bárbaros; ni pretenda sujetarnos á un yugo que ningún predecesor suyo impuso á nuestros antepasados, porque nosotros los franceses no podemos ni debemos llevarle.” Satisfizo muy poco al Pontífice esta respuesta; pero quedaron las cosas en el estado que tenían entonces, porque los

(1) *Hincm. tom. 2. Oper. pag. 689. et seq.*

asuntos de oriente, que eran mas interesantes á la Cabeza de la Iglesia, suministraron otros motivos para escitar su celo. 47. Cuando llegaron á Roma los embajadores del Emperador Basilio, y supieron que habia muerto el Papa Nicolao, entregaron á su sucesor las cartas que llevaban para aquel; y Adriano envió á Constantinopla tres legados, á saber, dos obispos que eran Donato de Ostia y Estévan de Nepi, y el tercero uno de los siete diáconos de la iglesia romana, llamado Marino, quienes debian entregar unas cartas al Emperador y al patriarca Ignacio (1). Yo y toda la Iglesia de occidente (decía Adriano al Emperador) hemos celebrado en gran manera lo que habeis hecho con respecto á Ignacio y á Focio, y por lo que toca á lo que resta que hacer en orden al modo con que se ha de tratar á los cismáticos; pues segun lo mas ó menos que hayan delinquido, así deberán ser juzgados con mas ó menos rigor: dejamos este asunto en manos de nuestros legados para que procedan de acuerdo con nuestro hermano Ignacio. Estamos muy dispuestos á usar de indulgencia con ellos, á excepcion de Focio que debe quedar enteramente degradado. Aprobamos el pensamiento que teneis de hacer que se celebre un concilio numeroso, en que presidan nuestros legados; en que se examine la diferencia de los delitos y de las personas; y en que se quemem públicamente los egemplares del conciliábulo celebrado contra la santa Sede, prohibiendo

(1) *Vit. Adrian. pag. 980.*

que se observe ninguna cosa de él pena de deposición y de anatéma. Pedimos tambien, que los decretos del concilio romano contra los de Focio sean firmados por todos los que asistan al concilio que se celebre ahí, y se guarden en los archivos de todas las iglesias." La carta al patriarca contiene las mismas disposiciones, y se hacen en ella muchos elogios de la conducta y decretos del Papa Nicolao, declarando Adriano que quiere seguirle en todo, y principalmente en lo que es contrario á Focio y á Gregorio de Siracusa que le habia ordenado.

48. El Emperador y toda la ciudad de Constantinopla esperaban con impaciencia á los legados. Luego que supo el Príncipe que estaban en camino, envió un personage para que fuese á recibirlos á Tesalónica. Cuando llegaron á Celimbria distante diez y seis leguas de Constantinopla, nombró una diputacion aun más honorífica. El caballero mayor, que era el gefe de ella, les dió cuarenta caballos de la caballería imperial, una vagilla magnífica de plata, y cierto número de criados para que los tuviesen á sus órdenes. Marcharon con toda esta comitiva, y habiendo llegado á descubrir la ciudad de Constantinopla sábado 24 de Setiembre, se quedaron fuera de su recinto en los edificios magníficos de una iglesia dedicada á San Juan Evangelista. La mañana siguiente hicieron su entrada en esta forma. Todos ellos iban montados en caballos del Emperador ricamente enjaezados, y llegaron á la puerta de la ciudad, en donde hallaron todas las compañías de los oficiales

de palacio, y el clero vestido de hábitos sacerdotales. Desde allí fueron pasando magestuosamente, rodeados de los sincelos ó asistentes del patriarca y de los ministros mas considerables de la Iglesia, á quienes seguia el resto del clero, cerrando la comitiva un gentío inmenso con hachas encendidas. En este orden llegaron al palacio de Irene, donde fueron recibidos por dos personages que los cumplieron de parte del Príncipe.

De allí á dos dias, que era cuando habian de ser admitidos á la audiencia, volvió el Emperador á enviarles todas las compañías de palacio, y los recibió en la sala dorada. Al momento que los vió, se puso de pie, tomó las cartas que le presentaron del Sumo Pontífice y las besó respetuosamente. Abrazó á los legados con grandes demostraciones de distincion, y les preguntó por el Papa Adriano y por el clero de Roma. „La iglesia de Constantinopla (dijo despues) dividida por la ambicion de Focio, fue ya socorrida por el Papa Nicolao. Despues de su muerte esperamos con todos los patriarcas, metropolitanos y obispos de oriente, la sentencia y decision de la iglesia romana nuestra madre: por lo que os rogamos que sin perder un momento restablezcáis el orden y la union entre nosotros." Los legados se mostraron muy activos en promover un celo tan loable, y se señaló el miércoles 5 de Octubre de 869 para dar principio al concilio.